

Objetivo: Distinguir el dominio técnico y la obsesión de la muerte en la cuentística de Horacio Quiroga.

CUENTISTICA DE HORACIO QUIROGA

Cuentos seleccionados. Autor: Horacio Quiroga (uruguayo)

Y para comenzar...

1. ¿Qué es un cuento?
¿Cuáles son sus características?
2. ¿En qué se asemeja una novela de un cuento?
3. ¿Cuál es la diferencia más notable entre un cuento y una novela?
4. ¿Cómo definirías a una persona obsesiva?

Para saber del tema...



CUENTO LITERARIO

El **cuento** es una narración breve de hechos fantásticos (inverosímiles) o posibles, o sea, que pueden suceder en la realidad (verosímiles).

Cuando un cuento es literario, éste se concibe y transmite, desde su inicio, mediante la escritura y se presenta en una sola versión, al contrario de lo que sucede con el cuento popular, que es de tradición oral y que, por ende, suele tener variaciones por no estar fijado por la escritura desde su inicio.

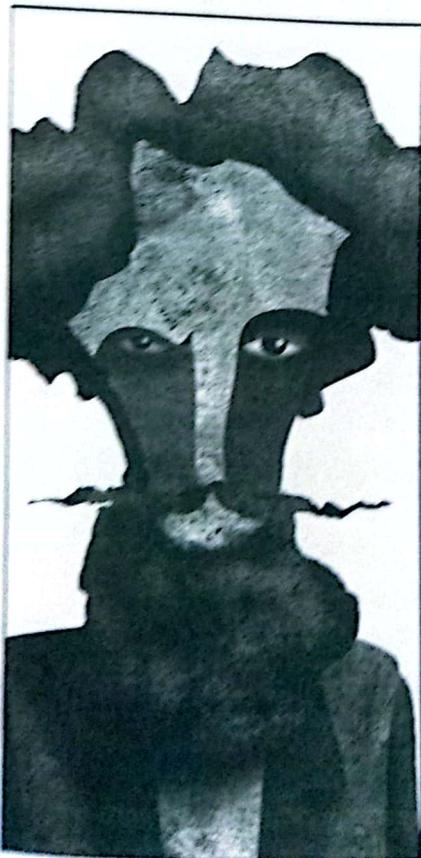
Como todo género narrativo, el cuento presenta los elementos que caracterizan este tipo de textos: un narrador, personajes, ambiente, acciones, motivos que impulsan las acciones...

Tradicionalmente, los cuentos suelen presentar tres partes, atendiendo un orden cronológico:

- **Introducción o inicio:** es el arranque del relato y en donde se presentan los personajes, el ambiente y el tiempo de la historia.
- **Desarrollo:** constituye el conjunto de acciones que realizan los personajes y en donde surge el **nudo**, o sea, el conflicto o punto culminante (máxima tensión) del relato.
- **Desenlace:** parte donde se da la solución a la historia y finaliza la narración.

DECÁLOGO DEL PERFECTO CUENTISTA

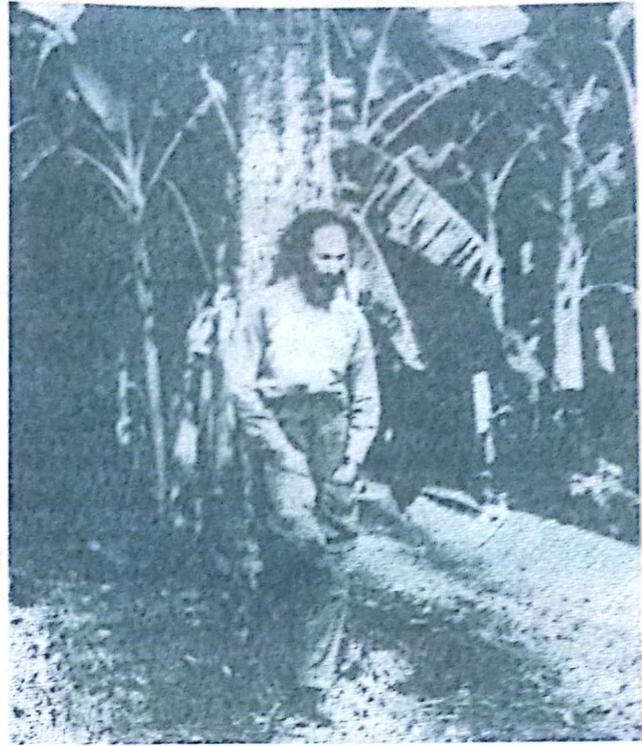
El escritor uruguayo Horacio Quiroga escribió diez principios que según su opinión debe tomarse en consideración para ser un *perfecto cuentista*. Léelo con atención.



LA CUENTÍSTICA DE HORACIO QUIROGA

Horacio Quiroga es considerado uno de los mejores cuentistas de todos los tiempos, no sólo de Hispanoamérica, sino del mundo. Su mayor inspiración fue la selva y quizás también su refugio. Su trágica vida, llena de muertes violentas, llegó a obsesionarlo de tal manera que prácticamente todos sus cuentos presentan una atmósfera de tragedia y fatalidad. La muerte ronda por todos sus cuentos convirtiéndose, en muchos de éstos, en el personaje principal.

El estilo empleado por Quiroga en sus cuentos es sencillo, directo, breve, conciso. No se detiene en detalles, sino que va a lo concreto, lo puntual, sin accesorios, sin ripios.



Su cuentística está influenciada en aquellos que él considera sus maestros y modelos a seguir, invocados en el Decálogo del perfecto cuentista. De Maupassant, toma el patetismo, el drama y la habilidad para crear expectativa en el lector; de Kipling, la inspiración por los temas de la naturaleza y la selva, así como la ambientación; de Edgar Allan Poe, la atmósfera de alucinación, crimen, locura y estados delirantes que pueblan sus historias y el estilo narrativo; de Chéjov, la ironía, aunque más subyacente y restringida en Quiroga.

Una sus mejores obras es, sin duda, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, una recopilación de cuentos que relatan situaciones de horror, violencia y locura surgidas en contacto con una naturaleza exuberante y salvaje, en donde la locura y el amor suele entrelazarse de manera constante, para llevar indefectiblemente a la muerte.

Quiroga es el precursor del cuento hispanoamericano y uno de los primeros escritores que descubren la naturaleza americana como materia narrativa de sus obras y, también, en cultivar nuevas formas del relato fantástico.

CARACTERÍSTICAS DE LA CUENTÍSTICA DE HORACIO QUIROGA

- Sentido trágico de la vida.
- Obsesión de la muerte.
- Atmósfera de muerte y fatalidad.
- No presta atención a lo anecdótico. Valoriza más (se centra) a la situación en que se enfrentan los personajes que en los protagonistas. Evita transformarlos en héroes.
- Presencia de una naturaleza salvaje y despiadada.
- El hombre enfrentado a fuerzas naturales superiores a él.
- Síntesis narrativa. La brevedad y precisión de sus relatos demuestra su capacidad de síntesis.
- Desenlace trágico, violento. No hay finales felices.
- Ausencia casi total de emociones.

Apuntes literarios

El estilo es el modo o manera particular de escribir que tiene un escritor o escritora, lo cual le da un carácter propio a su obra. Todo escritor forja su propio estilo, que se manifiesta en la forma peculiar de utilizar el lenguaje.

Horacio Quiroga nace en Salto (Uruguay) el 31 de diciembre de 1878. Realizó sus estudios secundarios en Montevideo. Se interesó por el ciclismo, la química, la fotografía, el periodismo y la literatura. En 1897 publica sus primeras colaboraciones en medios periodísticos.

En 1902 es invitado como fotógrafo en una expedición a Misiones, una zona selvática ubicada en el nordeste de Argentina. Se deslumbra de tal forma que, tiempo después vivirá allí durante largos años. Allí conoce a los hombres y el ambiente que, más tarde, inspirarían sus futuros cuentos.

Su vida fue una cadena de hechos trágicos: la muerte y la tragedia siempre lo perseguirían. Aún no cumplía los tres meses de edad cuando muere su padre al disparársele accidentalmente su escopeta mientras estaba de cacería. Su madre se casa de nuevo, pero su padrastro, a quien le había tomado sincero afecto, sufre repentinamente de parálisis cerebral y se suicida frente a él en 1896. En 1902 mata accidentalmente, con una pistola que revisaba, a su amigo Federico Ferrando. Su primera esposa agoniza durante ocho días después de haberse envenenado. También sufrió la pérdida de dos hermanas, Pastora y Prudencia, que murieron de fiebre tifoidea en el Chaco argentino.

Quiroga inició su creación literaria en 1901 con un libro de poesías titulado **Los arrecifes de Coral**. También escribió dos novelas: **Historia de un amor turbio** (1908) y **Pasado amor** (1929). Pero, el escritor uruguayo le deberá su trascendencia literaria a sus cuentos, género en el cual es considerado como uno de los más grandes de la literatura hispanoamericana de todos los tiempos.

Su carrera como cuentista se inicia con la obra **Cuentos de amor de locura y de muerte** (1917), una colección de quince relatos en los que la tragedia, la enfermedad, las obsesiones, el vicio y la locura son los temas predominantes. Un año después publica **Cuentos de la selva**, que reúne ocho historias, aunque en ediciones posteriores, suelen agregarle a los ocho relatos originales, dos cuentos publicados años después: "Anaconda" y "El Regreso de Anaconda". También son de su autoría **El desierto** (1924), **Los desterrados** (1926) y **El más allá** (1935).

Quiroga se enamora de Ana María Palacios, pero su familia impide el romance y regresa a Buenos Aires. Su último amor fue turbulento, pues se deslumbra completamente por María Elena Bravo, amiga de su hija y de tan sólo 20 años de edad. A pesar de la resistencia de ambas familias, la boda se lleva a cabo, y en 1928 nace su tercera hija, Pitota.



En 1932 se radica, definitivamente en Misiones, lo que sería su retiro definitivo. Estando allí, su segunda esposa, después de seis años de matrimonio, lo abandona, junto con la hija de ambos, quedando sumido en la más profunda soledad.

En 1935 publican su último libro de cuentos titulado **Más allá** y obtiene su único premio como escritor, por parte del Ministerio de Instrucción Pública de Uruguay.

El 18 de febrero de 1937 se entera de que sufre de cáncer gástrico. Quiroga no soportó tal hecho y, al día siguiente encuentran su cuerpo sin vida, se había suicidado con cianuro, un veneno muy potente. Su cadáver se inclinó y sus cenizas se llevaron a Uruguay. Pero su trágica historia no termina allí. En octubre de 1938 se suicida Alfonsina Storil por quien sostuvo una profunda pasión. En 1939 se suicida su hija Egle y años después, su hijo Darío también haría lo mismo, ambos hijos de su primer matrimonio.

La gallina degollada



*Todo el día, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos y volvían la cabeza con la boca abierta. El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz enceguedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma **hilaridad** ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida.*

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón.

El mayor tenía doce años, y el menor ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo: ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció, bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido! —sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir; creo que es un caso perdido.

Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí...! ¡Sí...! —asentía Mazzini. Pero dígame; ¿Usted cree que es herencia, que...?

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más. Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se **exasperaba**, en razón de su **infructuosidad**, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos, echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombre: tus hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

—Me parece —díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

—Es la primera vez —repuso al rato— que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente:

—¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

—¡Ah, no! —se sonrió Berta, muy pálida— ¡pero yo tampoco, supongo...! ¡No faltaba más...!
—murmuró.

—¿Qué, no faltaba más?

— ¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.
Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

— ¡Dejemos! —articuló, secándose por fin las manos.

— Como quieras; pero si quieres decir...

— ¡Berta!

— ¡Como quieras!

Éste fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebató y locura por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubiera obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición, es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afectos posibles. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban casi todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia.

De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

— ¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces...?

— Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió, desdeñosa:

— ¡No, no te creo tanto!

— Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!

— ¡Qué! ¿Qué dijiste...?

— ¡Nada!

— Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

— ¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

— ¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Ésos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!



Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡Eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto hirientes fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre éste buen modo de conservar fresca a la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados unos a otros, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

—¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

—¡Que salgan, María! ¡Échelos! ¡Échelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar, salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron, pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse en seguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternas, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aún. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Víéronla mirar a todos lados y buscar apoyo con el pie para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras una creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Suéltame! ¡Déjame! —gritó sacudiendo la pierna. Pero fue atraída.

— ¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! — lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma...

No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama —le dijo a Berta.

Prestaron oído inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba a dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

—Bertita!

Nadie respondió.

—¡Bertita! —alzó mas la voz ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija! —corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso conteniéndola:

—No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

Vocabulario

Hilaridad: risa bulliciosa causada por algo que se ve o se escucha.

Exasperaba: irritaba, enojaba, enfurecía.

Infructuosidad: inutilidad, esterilidad.

Hiel: amargura, aspereza, resentimiento.

Fruición: placer o gozo interno.

Tisiquilla: tísica, tuberculosa.

Parsimonia: lentitud, con calma.

Lívido: pálido, sin color.